La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

	J						
			2		K		
				3			
						L	
	N						
				M			

SOLUCION

J = Caballo; K = Dama; L = Rey; M = Torre; N = Alfil.

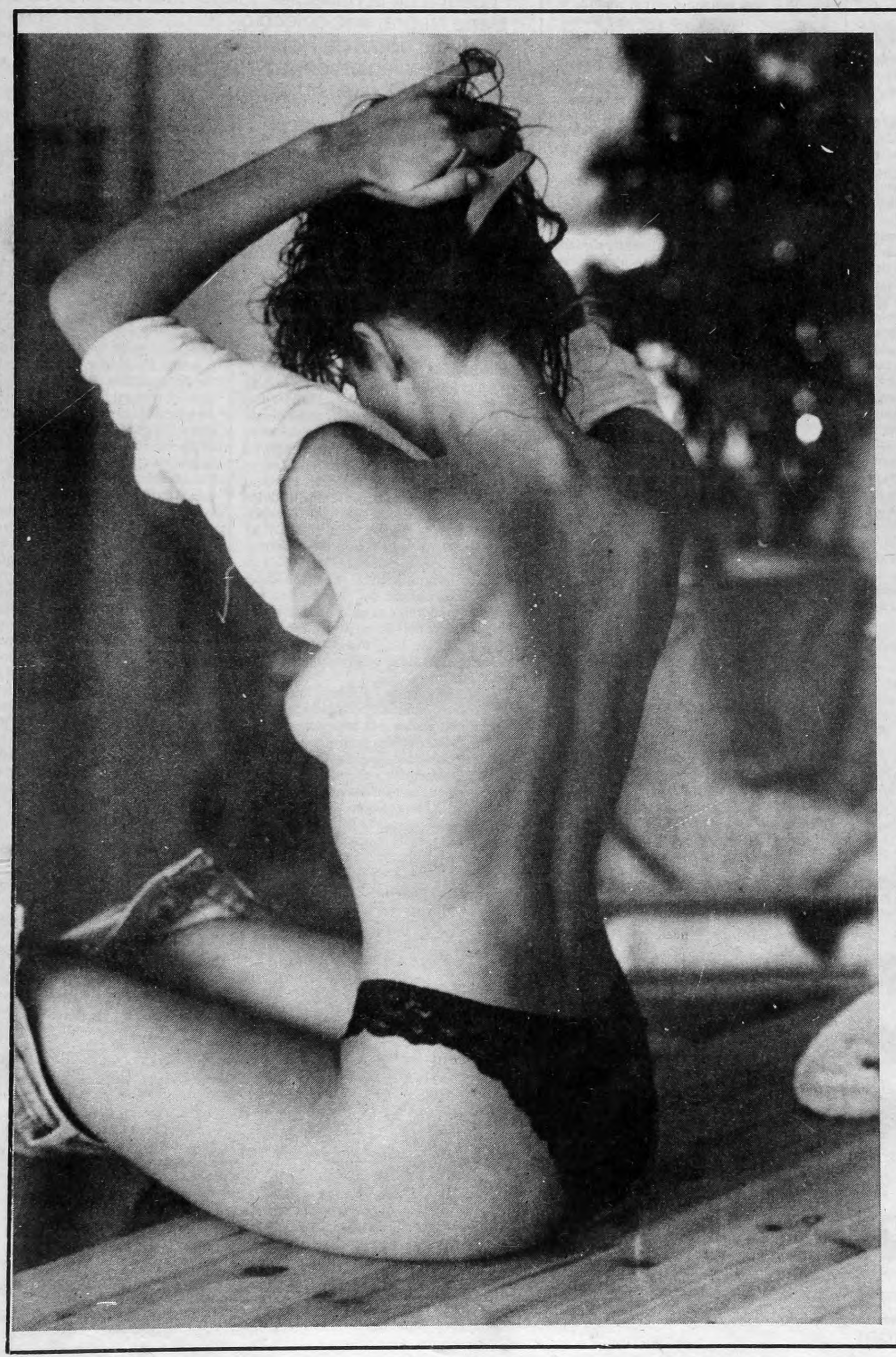
Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
2	4	8	0	0	1
9	6	5	7	0	2
7	4	3	0	1	1
8	1	5	0	1	0
6	2	3	1	0	2
2	6	4	3	0	2

SOLUCION 7164

Verano/12



DESDE HACE MAS DE VEINTE AÑOS

(Por Ana Maugeri) El era muy alto, delgado y con olor a sal. Ella, pequeña, escurridiza y llena de palabras. El la llevó a su casa, lejos de la ciudad, casi sobre el mar; ella fue con inquietud. La casa era muy precaria, como él. Las paredes sin adornos, con manchas de insectos aplastados, la cama llena de arena y una guitarra que él hacía sonar mientras ella dormía.

Por las noches hacían el amor en el mar. Ella se sentía envuelta en un manto invisible y en el momento en que él hacía de su cuerpo un continente elástico, se rendía, y aspirando y reteniendo el aire se dejaba hundir. Luego él la llevaba a la playa y levantaba un altar a su alrededor. Este era el ritual de todas las noches.

Durante el día ella no lo soportaba, no toleraba su primitivismo, su ser tan independiente: él no necesitaba las cosas que a ella le eran indispensables. Durante la noche ella se transformaba, se convertía en una criatura que se dejaba hacer y tomaba mil formas. Por eso él le rendía homenaje.

Una de esas noches, quizá la séptima, en el momento en que él le anclaba el cuerpo, ella se convirtió en Atropo, la más temible de las parcas, y encendió un gran fuego y sostuvo el cuerpo del hombre por encima de la hoguera hasta quemar su mortalidad y transformarlo en un ser inmortal.

Todas las noches, desde hace más de veinte años, la pequeña mujer sale a bañarse en las aguas de un mar que la envuelve y la devuelve a sus días llenos de palabras.

LECTURAS

UNA VIDA

He vuelto a Saint-Nazaire para encontrar a Stephen Stevensen. Pero quizá no tengo que escribir "He vuelto" o "He decidido volver". Quizá debo escribir que él ha decidido que yo vuelva a Saint-Nazaire para encontrarlo. ¿O para no encontrarlo? (El es Stephen Stevensen.)

"Soy nieto y biznieto y tataranieto de marinos", me dijo un día. "Sólo mi padre rechazó el mar y por eso vivió toda la vida con la misma mujer y murió miserablemente en un hospicio, en Dublín". (El padre de Stevensen se había negado a entrar en la marina británica quebrando una antiquísima tradición familiar y se había dedicado al comercio de pieles. La madre era de ascendencia polaca. Una mujer sarcástica y elegante que pasaba los veranos en Málaga, o en... el British Museum.)

Nunca he conocido a nadie que hable como Stephen Stevensen. Todas las lenguas son su lengua materna. A veces pienso que por eso le creí la historia que me contó y por eso estoy aquí, en Saint-Nazaire. Pero si la historia que me contó no es verdadera entonces Stephen Stevensen es un filósofo y un mago, un inventor clandestino de mundos como Fourieer o *Macedonio Fernández*.

Debo decir por mi parte que he sido escritor. Llegué por primera vez a Saint-Nazaire el miércoles 4 de mayo de 1988 a las 13.05 en un tren que seguía viaje a Yonville. Vine invitado por la *Maison des écrivains étrangers et des traducteurs* y pasé aquí casi tres meses (dos meses y dieciocho días). Hace tanto tiempo ya que ahora todo me parece irreal. Pero quizás no tendría que hablar de irrealidad, sino de inexactitud. La verdad es *precisa*, como la circunferencia de cristal que mide el tiempo de las estrellas. Una leve distorsión y todo se ha perdido. ¿Por qué hemos gastado tanto tiempo considerando a la verdad un hecho moral? Mentir no es una alteración de la ética sino una especie de falla en una máquina de vapor del tamaño de esta uña. Quiero decir (decía Stevensen) la verdad es un artefacto microscópico que sirve para medir con precisión milimétrica el orden del mundo. Un aparato óptico, como los conos de porcelana que los relojeros se ajustan en el ojo izquierdo cuando desarman los engranajes invisibles de los complejísimos instrumentos que controlan los ritmos artificiales del tiempo.

Stephen Stevensen (creo) ha dedicado su existencia a construir una réplica en miniatura del orden del mundo. Como si hubiera intentado estudiar la vida en una pecera seca: los peces boquean durante horas en el aire transparente.

El había residido inmediatamente antes que yo en la *Maison des écrivains étrangers et des traducteurs*. La mañana en que llegué desocupó la casa y se fue a vivir al Hotel de la République, con todos sus papeles y sus máquinas. No volvió a Londres, se quedó aquí, en Saint-Nazaire, usando un pretexto trivial (referido a su hermana). En realidad había decidido que yo formaba parte de sus experimentos y quería estudiar mis reacciones. Ahora comprendo que me vigilaba, que estuve bajo su observación desde que llegué. O incluso antes, desde que me subí al tren en París y tal vez desde el momento mismo en que tomé el avión en Buenos Aires (Air France, vuelo 087).

Por mi parte lo admiraba y quería conocerlo. En la Argentina había leído uno de sus libros. Una novela utópica donde se narraba la historia de una sociedad en la que todas las pasiones y todas las fantasías eran escritas. Los amantes jamás se encontraban; se dejaban ver detrás de los cristales, se enviaban retratos y fotografías y sólo mantenían relaciones epistolares. Cartas sentimentales, pornográficas, exasperadamente informativas, cartas falsas que reconstruían vidas inexistentes, cartas de una sinceridad suicida eran intercambiadas en silencio por esos hombres y mujeres solitarios y ardientes. Escrita en 1970 *El Universo de Valmont* anticipaba la procreación biológica no natural y reconstruía (sin decirlo nunca) la vida de una sociedad aterrorizada desde hacía décadas por la propagación de un virus letal que se transmitía por el simple contacto de la piel de alguien que *no* nos fuera indiferente. El mundo parecía poblado de sombras silenciosas, que se recluían a escribir interminables páginas perfectas destinadas a un solo lector que debía ser seducido y obligado delicadamente a responder para mantener viva la pasión.

Autor de "Respiración artificial" (1980), considerada una de las novelas más representativas de la nueva literatura argentina, Ricardo Piglia había publicado anteriormente dos libros de relatos: "La invasión" (1967) —con el que fue premiado por la Casa de las Américas— y "Nombre falso" (1975). Junto con su obra de ficción, Piglia ha desarrollado una tarea de crítico y ensayista. En 1986 publicó "Crítica y ficción", una recopilación de entrevistas y reflexiones sobre la poética de la narración y, además, fue director de la Serie Negra, una colección de novelas policiales que difundió obras de Hammett, Chandler, Goodis, entre otros. Recientemente dirigió Sol Negro, otra serie de policiales editada por Sudamericana.

Quería conocerlo; pero ¡nunca me imaginé que nuestras relaciones se iban a desarrollar de este modo! La presencia invisible de Stevensen me acompañó desde el momento mismo en que entré por primera vez en la *Maison*. Me sentí como quien se introduce subrepticiamente en la casa de un desconocido y urga en la noche buscando descubrir todos los secretos. Al principio pensé que con un descuido aristocrático Stevensen había ido dejando sus huellas para que yo las encontrara; después he pensado que no se trató de un descuido.

Esta es una lista provisoria de los rastros que encontré al recorrer la casa el primer día.

a. Un saco negro, de pana, con coderas de cuero, colgado en el placard del dormitorio; en el bolsillo derecho del saco había un mapa de Copenhague con un trayecto sinuoso por la Vertesbrogade Street marcado con lápiz rojo y un boleto de la línea 32 de los ómnibus dinamarqueses fechado por última vez el 7 de marzo, a las 11.02 y un ejemplar del diario *Le Monde* del 18 de marzo con una nota en primera página sobre un atentado contra militantes nacionalistas irlandeses realizado por francotiradores protestantes durante el entierro de la madre de un dirigente del IRA en un cementerio católico de Belfast. En el margen del diario se podían leer dos cifras escritas con lápiz: 7 de abril/ 2 de mayo.

b. Un ejemplar de *Jekyl* la última novela de Stevensen, editada en Francia por Arcane 17, con esta dedicatoria manuscrita: "Aux hôtes de la Maison des Écrivains Étrangers. La perception nous donne accès au monde de façon inmédiate, tellement inmédiatement que nous ne pensons pas au comment ça se fait. Un bon collègue, Stephen Stevensen."

c. En un cajón de la cómoda un álbum sin fotos, con descripciones escritas en las páginas vacías:

"Acá, él es joven (todavía). ¿1965? Usa bigotes. Atardecer de un día agitado, en una *villa*, lejos de Londres."

"Acá, él se ríe."

"Acá, con John Berger. En el escenario de un teatro, lectura pública."

"Acá, yo creo él no se da cuenta de que alguien lo mira; que no se dé cuenta, no lo transforma."

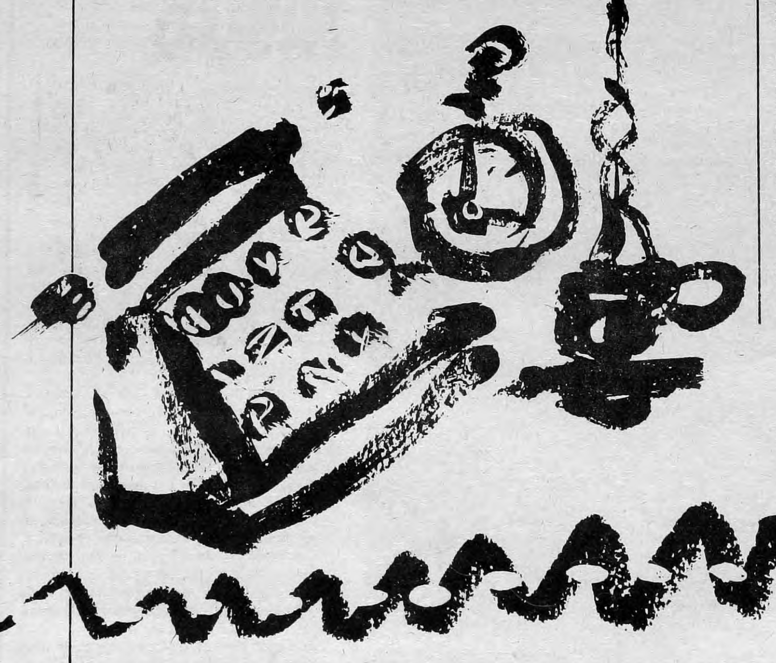
(El, naturalmente, es Stephen Stevensen.)

d. En el escritorio el borrador de la segunda página de una carta o el original de la segunda página de una carta (no enviada).

"Tomo una frase y la traduzco simultáneamente a las cuatro lenguas (inglés, francés, alemán, polaco). En alguna de las cuatro lenguas encuentro *siempre* una solución perfecta, que parece imposible en todas las demás. Me gusta Saint-Nazaire porque ha quedado fijado al momento preciso en que fue reconstruido. Me parece vivir en otro tiempo, como si fuera el paisaje de la niñez, pero también el paisaje abstracto y anónimo que se les aparece a los viejos en los sueños. El pueblo fue totalmente destruido durante la guerra. (¡Dicen que sólo quedó en pie la base de submarinos alemanes que era el objetivo de los bombardeos! No quiero ir a verla, prefiero imaginar la construcción tétrica, semisubterránea, con pasadizos y esclusas y muros fortificados, como el escenario de un film de Murnau.) No ha quedado entonces en Saint-Nazaire ningún rastro de la belleza *retro* y semifeudal de otros pueblos más prestigiosos de Francia que hacen la delicia estereotipada de los turistas norteamericanos y de los estudiantes de arquitectura de Cambridge. Parece más bien un balneario inglés de los años cincuenta, con casas blancas y bulevares amplios y faroles elegantes que alumbran la costanera. Ayer se murió René Char, el último escritor de Francia. *¡Tu as bien fait de partir, Arthur Rimbaud!...* Durante años el comienzo de ese poema fue grito de batalla de mi juventud. ¡Al Africa! ¡Tenemos que irnos al Africa! (pero el Africa ya no existe más...) Te saluda, Stephen S."

e. Como escondida debajo del rectángulo de cartón que cubre el centro del escritorio esta hoja escrita a mano:

"*Teoría de la repetición.* Hay que recordar para no repetir. Serie de acontecimientos imperceptiblemente simétricos. En una vida la red de actos exactamente iguales alcanza, digamos, el 73,2 por ciento. Hay que pensa



LECTURAS

UNA VIDA (Primera parte)

Por Ricardo Piglia

Autor de "Respiración artificial" (1980), considerada una de las novelas más representativas de la nueva literatura argentina, Ricardo Piglia había publicado anteriormente dos libros de relatos: "La invasión" (1967) —con el que fue premiado por la Casa de las Américas— y "Nombre falso" (1975). Junto con su obra de ficción, Piglia ha desarrollado una tarea de crítico y ensayista. En 1986 publicó "Crítica y ficción", una recopilación de entrevistas y reflexiones sobre la poética de la narración y, además, fue director de la Serie Negra, una colección de novelas policiales que difundió obras de Hammett, Chandler, Goodis, entre otros. Recientemente dirigió Sol Negro, otra serie de policiales editada por Sudamericana.

He vuelto a Saint-Nazaire para encontrar a Stephen Stevensen. Pero quizá no tengo que escribir "He vuelto" o "He decidido volver". Quizá debo escribir que él ha decidido que yo vuelva a Saint-Nazaire para encontrarlo. ¿O para no encontrarlo? (El es Stephen Stevensen.)

"Soy nieto y biznieto y tataranieto de marinos", me dijo un día. "Sólo mi padre rechazó el mar y por eso vivió toda la vida con la misma mujer y murió miserablemente en un hospicio, en Dublín". (El padre de Stevensen se había negado a entrar en la marina británica quebrando una antiquísima tradición familiar y se había dedicado al comercio de pieles. La madre era de ascendencia polaca. Una mujer sarcástica y elegante que pasaba los veranos en Málaga, o en... el British Museum.)

Nunca he conocido a nadie que hable como Stephen Stevensen. Todas las lenguas son su lengua materna. A veces pienso que por eso le creí la historia que me contó y por eso estoy aquí, en Saint-Nazaire. Pero si la historia que me contó no es verdadera entonces Stephen Stevensen es un filósofo y un mago, un inventor clandestino de mundos como Fourieer o *Macedonio Fernández*.

Debo decir por mi parte que he sido escritor. Llegué por primera vez a Saint-Nazaire el miércoles 4 de mayo de 1988 a las 13.05 en un tren que seguía viaje a Yonville. Vine invitado por la *Maison des écrivains étrangers et des traducteurs* y pasé aquí casi tres meses (dos meses y dieciocho días). Hace tanto tiempo ya que ahora todo me parece irreal. Pero quizás no tendría que hablar de irrealidad, sino de inexactitud. La verdad es *precisa,* como la circunferencia de cristal que mide el tiempo de las estrellas. Una leve distorsión y todo se ha perdido. ¿Por qué hemos gastado tanto tiempo considerando a la verdad un hecho moral? Mentir no es una alteración de la ética sino una especie de falla en una máquina de vapor del tamaño de esta uña. Quiero decir (decía Stevensen) la verdad es un artefacto microscópico que sirve para medir con precisión milimétrica el orden del mundo. Un aparato óptico, como los conos de porcelana que los relojeros se ajustan en el ojo izquierdo cuando desarman los engranajes invisibles de los complejísimos instrumentos que controlan los ritmos artificiales del tiempo.

Stephen Stevensen (creo) ha dedicado su existencia a construir una réplica en miniatura del orden del mundo. Como si hubiera intentado estudiar la vida en una pecera seca: los peces boquean durante horas en el aire transparente.

El había residido inmediatamente antes que yo en la *Maison des écrivains étrangers et des traducteurs*. La mañana en que llegué desocupó la casa y se fue a vivir al Hotel de la Rèpublique, con todos sus papeles y sus máquinas. No volvió a Londres, se quedó aquí, en Saint-Nazaire, usando un pretexto trivial (referido a su hermana). En realidad había decidido que yo formaba parte de sus experimentos y quería estudiar mis reacciones. Ahora comprendo que me vigilaba, que estuve bajo su observación desde que llegué. O incluso antes, desde que me subí al tren en París y tal vez desde el momento mismo en que tomé el avión en Buenos Aires (Air France, vuelo 087).

Por mi parte lo admiraba y quería conocerlo. En la Argentina había leído uno de sus libros. Una novela utópica donde se narraba la historia de una sociedad en la que todas las pasiones y todas las fantasías eran escritas. Los amantes jamás se encontraban; se dejaban ver detrás de los cristales, se enviaban retratos y fotografías y sólo mantenían relaciones epistolares. Cartas sentimentales, pornográficas, exasperadamente informativas, cartas falsas que reconstruían vidas inexistentes, cartas de una sinceridad suicida eran intercambiadas en silencio por esos hombres y mujeres solitarios y ardientes. Escrita en 1970 *El Universo de Valmont* anticipaba la procreación biológica no natural y reconstruía (sin decirlo nunca) la vida de una sociedad aterrorizada desde hacía décadas por la propagación de un virus letal que se transmitía por el simple contacto de la piel de alguien que *no* nos fuera indiferente. El mundo parecía poblado de sombras silenciosas, que se recluían a escribir interminables páginas perfectas destinadas a un solo lector que debía ser seducido y obligado delicadamente a responder para mantener viva la pasión.

Quería conocerlo; pero ¡nunca me imaginé que nuestras relaciones se iban a desarrollar de este modo! La presencia invisible de Stevensen me acompañó desde el momento mismo en que entré por primera vez en la *Maison*. Me sentí como quien se introduce subrepticiamente en la casa de un desconocido y urga en la noche buscando descubrir todos los secretos. Al principio pensé que con un descuido aristocrático Stevensen había ido dejando sus huellas para que yo las encontrara; después he pensado que no se trató de un descuido.

Esta es una lista provisoria de los rastros que encontré al recorrer la casa el primer día.

a. Un saco negro, de pana, con coderas de cuero, colgado en el placard del dormitorio; en el bolsillo derecho del saco había un mapa de Copenhague con un trayecto sinuoso por la Vertesbrogade Street marcado con lápiz rojo y un boleto de la línea 32 de los ómnibus dinamarqueses fechado por última vez el 7 de marzo, a las 11.02 y un ejemplar del diario *Le Monde* del 18 de marzo con una nota en primera página sobre un atentado contra militantes nacionalistas irlandeses realizado por francotiradores protestantes durante el entierro de la madre de un dirigente del IRA en un cementerio católico de Belfast. En el margen del diario se podían leer dos cifras escritas con lápiz: 7 de abril/ 2 de mayo.

b. Un ejemplar de *Jekyl* la última novela de Stevensen, editada en Francia por Arcane 17, con esta dedicatoria manuscrita: "Aux hôtes de la Maison des Écrivains Étrangers. La perception nous donne accès au monde de façon inmédiate, tellement inmédiatement que nous ne pensons pas au comment ça se fait. Un bon collègue, Stephen Stevensen."

c. En un cajón de la cómoda un álbum sin fotos, con descripciones escritas en las páginas vacías:

"Acá, él es joven (todavía). ¿1965? Usa bigotes. Atardecer de un día agitado, en una *villa,* lejos de Londres."

"Acá, él se ríe."

"Acá, con John Berger. En el escenario de un teatro, lectura pública."

"Acá, yo creo él no se da cuenta de que alguien lo mira; que no se dé cuenta, no lo transforma."

(El, naturalmente, es Stephen Stevensen.)

d. En el escritorio el borrador de la segunda página de una carta o el original de la segunda página de una carta (no enviada).

"Tomo una frase y la traduzco simultáneamente a las cuatro lenguas (inglés, francés, alemán, polaco). En alguna de las cuatro lenguas encuentro *siempre* una solución perfecta, que parece imposible en todas las demás. Me gusta Saint-Nazaire porque ha quedado fijado al momento preciso en que fue reconstruido. Me parece vivir en otro tiempo, como si fuera el paisaje de la niñez, pero también el paisaje abstracto y anónimo que se les aparece a los viejos en los sueños. El pueblo fue totalmente destruido durante la guerra. (¡Dicen que sólo quedó en pie la base de submarinos alemanes que era el objetivo de los bombardeos! No quiero ir a verla, prefiero imaginar la construcción tétrica, semisubterránea, con pasadizos y exclusas y muros fortificados, como el escenario de un film de Murnau.) No ha quedado entonces en Saint-Nazaire ningún rastro de la belleza *retro* y semifeudal de otros pueblos más prestigiosos de Francia que hacen la delicia estereotipada de los turistas norteamericanos y de los estudiantes de arquitectura de Cambridge. Parece más bien un balneario inglés de los años cincuenta, con casas blancas y bulevares amplios y faroles elegantes que alumbran la costanera. Ayer se murió René Char, el último escritor de Francia. *¡Tu as bien fait de partir, Arthur Rimbaud!...* Durante años el comienzo de ese poema fue grito de batalla de mi juventud. ¡Al Africa! ¡Tenemos que irnos al Africa! (pero el Africa ya no existe más...) Te saluda, Stephen S."

e. Como escondida debajo del rectángulo de cartón que cubre el centro del escritorio, esta hoja escrita a mano:

"*Teoría de la repetición*. Hay que recordar para no repetir. Serie de acontecimientos imperceptiblemente simétricos. En una vida la red de actos exactamente iguales alcanza, digamos, el 73,2 por ciento. Hay que pensar en el resto (los restos), en lo que se filtra por los intersticios de la repetición y sucede *una sola vez*. En ese punto se construye el jeroglífico donde se cifra el porvenir. (Cuarenta y ocho dividido por tres... hay que eliminar los fragmentos. Por ejemplo, para tomar un caso sencillo, ¿cuántas veces he recorrido la Verstebrogade Street?)"

f. En el mismo lugar la fotocopia de la página de un cuaderno de hojas cuadriculadas con el número 36 escrito arriba, y esta anotación manuscrita:

"Después de un rato le preguntó de qué lugar provenía. La pregunta parecía inofensiva y entonces ella le dijo que había nacido en Karst. Entonces, le dijo él, dígame por favor algo en esloveno. Ella dijo en esloveno: Hoy es un día soleado. El le pidió que le dijera algo más largo. Ella dijo: La mayoría de los ingleses desprecian nuestra lengua. Lo dijo fuerte, con cierta afectación en la voz. Se preguntaba si él podía entenderla; él continuaba sonriendo. Dígame algo más, le pidió, cuénteme un cuento. Ella le preguntó si podía entender lo que le decía. El la miraba con simpatía. Le prometo, dijo, que no voy a repetir ni una palabra de lo que me diga; sus secretos jamás serán divulgados.

Ella no podía pensar en nada que pudiera decir. El esperaba. Al rato la miró, sorprendido por el silencio. Ella dijo en esloveno: "¿Ve ese gato, ahí, en el césped?"

g. Encontré en otros lugares de la casa:

—Un frasco de Valium en el botiquín del baño.

—Tres botellas vacías de Scotch y 108 botellas vacías de cerveza alemana, alineadas a lo largo del zócalo, en el balcón que da al patio trasero.

—Una revista pornográfica danesa en la mesa de luz del dormitorio.

—Un ejemplar del número 5 de 1987 del *Cahiers du Musée National d'Art Moderne,* editado por el Centro Georges Pompidou en París, con un artículo de Krisztina Passuth sobre "Moholy-Nagy et Walter Benjamin. Pour une théorie de la reproduction", en que aparecía varias veces citado un ensayo de Stevensen sobre los video-clips. La revista estaba colocada bajo la heladera, para equilibrar el desnivel del piso de la cocina.

Eso fue todo. Salvo que varias semanas después cuando Stephen y yo éramos ya en un sentido viejos amigos, encontré por casualidad las pruebas de que, durante todo este tiempo, Stevensen no había hecho otra cosa que vigilarme y espiar mis movimientos. Cuando lo descubrí él ya no estaba acá, había viajado a Londres. Por eso estoy en Saint-Nazaire, para encontrar a Stephen Stevensen y pedirle explicaciones. (Por eso no escribo "He vuelto" o "He decidido volver".) Nadie tiene derecho a usar la vida de nadie en ningún caso, salvo que sea un asesino o un loco. Stephen Stevensen no es un asesino ni es un loco, creo...

Pero lo mejor será que cuente los hechos desde el principio.

II

Llegué por primera vez a Saint-Nazaire un miércoles, el jueves Stevensen me llamó por teléfono y me invitó a almorzar (fue el jueves cinco de mayo). Parecía inquieto, actuaba como si conocerme fuera una exigencia ineludible, una de esas obligaciones sociales que no se pueden evitar. En realidad se trataba de una cita pactada desde hace semanas sin mi conocimiento y prevista por Stevensen en sus mínimos detalles. Fuimos a comer pescado a un restaurant del puerto, del otro lado del puente grande. Stevensen era alto: de piel oscura y ojos oscuros, y parecía asiático o hindú, y al verlo entrar al salón no lo reconocí. (Por supuesto él se dirigió directamente hacia la mesa donde yo lo esperaba tomando un Cassis...)

—La madre de mi padre era nativa de la Polinesia, me dijo Stevensen, vino a Inglaterra decidida a ser la primera mujer que estudiara filosofía en Oxford pero se enamoró de mi abuelo que era el segundo oficial del barco donde viajaba. El pobre estaba casado con una dama católica y ya tenía seis hijos y abandonó todo para vivir con mi abuela. De modo que pertenezco a la rama bastarda de la familia.

Stevensen tomaba scotch mientras comía y hablaba *solo,* y enseguida empezó a hacerme confidencias. La tranquilidad de la *Maison* lo había ayudado mucho en un trabajo importantísimo que estaba a punto de terminar. Desde hacía años escribía un *Diario* y pensaba usar esas miles de páginas escritas a lo largo de su vida como material para un experimento filosófico. La lógica de la repetición, me dijo, el orden de la profecía. No entendí demasiado pero tampoco sospeché nada. ¿Cómo podía sospechar? La comida era muy agradable, tomé dos botellas de muscadet bien frío y después dos copas de coñac. Todo era muy agradable. Desde los ventanales del restaurant podía ver, en lo alto del Building, la sombra blanca del departamento en el décimo piso donde había vivido Stevensen. Iba a trabajar muy bien en Saint-Nazaire. La gente es muy amable; el paisaje es bellísimo. Los puertos alimentan la ilusión de que es posible cambiar de vida, dijo Stevensen de pronto, pero es muy difícil cambiar de vida. Sonrió. Todos confunden envejecer con cambiar. Estábamos en la puerta del restaurant, él me sostenía, imperceptible, del brazo. Señaló hacia la izquierda. Ve ese faro, ilumina inútilmente la noche. Todos los barcos navegan a ciegas, guiados por el ojo helado del radar. No hace falta ningún faro. Nadie le ilumina el camino a nadie, dijo. Después, como si quisiera probar algo, me preguntó si me gustaban los *Carnets de travail* de Flaubert que acababan de publicarse.

—¿Le gustan los *Carnets* de Flaubert?

—Justamente los compré en París y los estuve leyendo todo el tiempo en el tren.

Eso fue todo. Una especie de coincidencia sin importancia. Habíamos llegado al final del puente, sobre el canal, y Stevensen aún me sostenía, apenas, del codo con la palma de la mano, con la delicadeza de quien guía a un ciego. Había una luz clara que venía del mar y la tarde era soleada y limpia. Entonces, como si me leyera el pensamiento, dijo:

—Olvidé algunas cosas en la *Maison*.

—¿Quiere subir a buscarlas?

—No, en todo caso, la próxima vez.

Nos encontramos varias veces en las semanas siguientes pero Stevensen nunca entró en la *Maison* (que yo sepa).

Paseábamos por la costanera, íbamos juntos a comer al café del español a la vuelta del Building, nos sentábamos a tomar cerveza en los bares cercanos a la Gare de Saint-Nazaire. De a poco me fue contando su historia. A fines de 1987 había tenido una crisis, se había convertido casi en un *clochard* inglés. No había nada más fácil en la vida que dejarse estar; la indecisión estaba en el origen de la filosofía. Stevensen había pasado semanas solo, encerrado en su departamento en un tercer piso, en la 27 Hyde Street, en el Soho, las cortinas corridas, la correspondencia que se acumula en la alfombra, la luz eléctrica siempre prendida, el teléfono que suena, los rumores de la ciudad cuando empieza a amanecer. Bajaba a la calle a sacar plata del banco con su tarjeta plástica y a comprar whisky y cigarrillos con un sobretodo encima de la ropa que usaba para dormir, sucio, sin afeitarse. Varias veces estuvo tentado de pararse en una esquina y pedir limosna. A veces deambulaba por las estaciones de subte, atraído por el tumulto, por la expresión desesperada de los que esperaban en los andenes. Al final terminaba encerrado en su departamento, sentado en un diván, con una frazada sobre las piernas, tomando cerveza y mirando la TV hasta la madrugada. No quería hacer nada, no tenía sentido hacer nada. Trataba de no meterse en la cama porque estaba seguro de que no iba a poder levantarse jamás. Dormía sentado, de cara a la luz muerta del aparato de TV que brillaba sin sonido.

—Creo que hubiera seguido así toda la vida, por lo menos hasta que me durara la plata en el banco, pero una tarde mi hermana apareció por el departamento.

Admiraba mucho a su hermana. Era la persona más inteligente que conocía. Se dedicaba a las matemáticas. Dirigía el centro de cómputos que controlaba el tráfico aéreo en el aeropuerto de Londres. Una vez le había mostrado el diagrama de los vuelos futuros. Una telaraña interminable de luces que se entreveraban como en un mapa cifrado del universo. Habían manejado la lógica de la incertidumbre de Heisenberg para prever todas las variables inesperadas. Llamamos azar, decía la hermana de Stevensen, a una función elíptica de la temporalidad.

Continúa mañana





(Primera parte)

Por Ricardo Piglia

en el resto (los restos), en lo que se filtra por los intersticios de la repetición y sucede *una sola vez*. En ese punto se construye el jeroglífico donde se cifra el porvenir. (Cuarenta y ocho dividido por tres... hay que eliminar los fragmentos. Por ejemplo, para tomar un caso sencillo, ¿cuántas veces he recorrido la Verstebrogade Street?)"

f. En el mismo lugar la fotocopia de la página de un cuaderno de hojas cuadriculadas con el número 36 escrito arriba, y esta anotación manuscrita:

"Después de un rato le preguntó de qué lugar provenía. La pregunta parecía inofensiva y entonces ella le dijo que había nacido en Karst. Entonces, le dijo él, dígame por favor algo en esloveno. Ella dijo en esloveno: Hoy es un día soleado. El le pidió que le dijera algo más largo. Ella dijo: La mayoría de los ingleses desprecian nuestra lengua. Lo dijo fuerte, con cierta afectación en la voz. Se preguntaba si él podía entenderla; él continuaba sonriendo. Dígame algo más, le pidió, cuénteme un cuento. Ella le preguntó si podía entender lo que le decía. El la miraba con simpatía. Le prometo, dijo, que no voy a repetir ni una palabra de lo que me diga; sus secretos jamás serán divulgados.

Ella no podía pensar en nada que pudiera decir. El esperaba. Al rato la miró, sorprendido por el silencio. Ella dijo en esloveno: "¿Ve ese gato, ahí, en el césped?"

g. Encontré en otros lugares de la casa:

—Un frasco de Valium en el botiquín del baño.

—Tres botellas vacías de Scotch y 108 botellas vacías de cerveza alemana, alineadas a lo largo del zócalo, en el balcón que da al patio trasero.

—Una revista pornográfica danesa en la mesa de luz del dormitorio.

—Un ejemplar del número 5 de 1987 del *Cahiers du Musée National d'Art Moderne*, editado por el Centro Georges Pompidou en París, con un artículo de Krisztina Passuth sobre "Moholy-Nagy et Walter Benjamin. Pour une théorie de la reproduction", en que aparecía varias veces citado un ensayo de Stevensen sobre los video-clips. La revista estaba colocada bajo la heladera, para equilibrar el desnivel del piso de la cocina.

Eso fue todo. Salvo que varias semanas después cuando Stephen y yo éramos ya en un sentido viejos amigos, encontré por casualidad las pruebas de que, durante todo este tiempo, Stevensen no había hecho otra cosa que vigilarme y espiar mis movimientos. Cuando lo descubrí él ya no estaba acá, había viajado a Londres. Por eso estoy en Saint-Nazaire, para encontrar a Stephen Stevensen y pedirle explicaciones. (Por eso no escribo "He vuelto" o "He decidido volver".) Nadie tiene derecho a usar la vida de nadie en ningún caso, salvo que sea un asesino o un loco. Stephen Stevensen no es un asesino ni es un loco, creo...

Pero lo mejor será que cuente los hechos desde el principio.

II

Llegué por primera vez a Saint-Nazaire un miércoles, el jueves Stevensen me llamó por teléfono y me invitó a almorzar (fue el jueves cinco de mayo). Parecía inquieto, actuaba como si conocerme fuera una exigencia ineludible, una de esas obligaciones sociales que no se pueden evitar. En realidad se trataba de una cita pactada desde hace semanas sin mi conocimiento y prevista por Stevensen en sus mínimos detalles. Fuimos a comer pescado a un restaurant del puerto, del otro lado del puente grande. Stevensen era alto: de piel oscura y ojos oscuros, y parecía asiático o hindú, y al verlo entrar al salón no lo reconocí. (Por supuesto él se dirigió directamente hacia la mesa donde yo lo esperaba tomando un Cassis...)

—La madre de mi padre era nativa de la Polinesia, me dijo Stevensen, vino a Inglaterra decidida a ser la primera mujer que estudiara filosofía en Oxford pero se enamoró de mi abuelo que era el segundo oficial del barco donde viajaba. El pobre estaba casado con una dama católica y ya tenía seis hijos y abandonó todo para vivir con mi abuela. De modo que pertenezco a la rama bastarda de la familia.

Stevensen tomaba scotch mientras comía y hablaba *solo*, y enseguida empezó a hacerme confidencias. La tranquilidad de la *Maison* lo había ayudado mucho en un trabajo importantísimo que estaba a punto de terminar. Desde hacía años escribía un *Diario* y pensaba usar esas miles de páginas escritas a lo largo de su vida como material para un experimento filosófico. La lógica de la repetición, me dijo, el orden de la profecía. No entendí demasiado pero tampoco sospeché nada. ¿Cómo podía sospechar? La comida era muy agradable, tomé dos botellas de muscadet bien frío y después dos copas de coñac. Todo era muy agradable. Desde los ventanales del restaurant podía ver, en lo alto del Building, la sombra blanca del departamento en el décimo piso donde había vivido Stevensen. Iba a trabajar muy bien en Saint-Nazaire. La gente es muy amable; el paisaje es bellísimo. Los puertos alimentan la ilusión de que es posible cambiar de vida, dijo Stevensen de pronto, pero es muy difícil cambiar de vida. Sonrió. Todos confunden envejecer con cambiar. Estábamos en la puerta del restaurant, él me sostenía, imperceptible, del brazo. Señaló hacia la izquierda. Ve ese faro, ilumina inútilmente la noche. Todos los barcos navegan a ciegas, guiados por el ojo helado del radar. No hace falta ningún faro. Nadie le ilumina el camino a nadie, dijo. Después, como si quisiera probar algo, me preguntó si me gustaban los *Carnets de travail* de Flaubert que acababan de publicarse.

—¿Le gustan los *Carnets* de Flaubert?

—Justamente los compré en París y los estuve leyendo todo el tiempo en el tren.

Eso fue todo. Una especie de coincidencia sin importancia. Habíamos llegado al final del puente, sobre el canal, y Stevensen aún me sostenía, apenas, del codo con la palma de la mano, con la delicadeza de quien guía a un ciego. Había una luz clara que venía del mar y la tarde era soleada y limpia. Entonces, como si me leyera el pensamiento, dijo:

—Olvidé algunas cosas en la *Maison*.

—¿Quiere subir a buscarlas?

—No, en todo caso, la próxima vez.

Nos encontramos varias veces en las semanas siguientes pero Stevensen nunca entró en la *Maison* (que yo sepa).

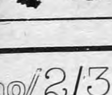
Paseábamos por la costanera, íbamos juntos a comer al café del español a la vuelta del Building, nos sentábamos a tomar cerveza en los bares cercanos a la Gare de Saint-Nazaire. De a poco me fue contando su historia. A fines de 1987 había tenido una crisis, se había convertido casi en un *clochard* inglés. No había nada más fácil en la vida que dejarse estar; la indecisión estaba en el origen de la filosofía. Stevensen había pasado semanas solo, encerrado en su departamento en un tercer piso, en la 27 Hyde Street, en el Soho, las cortinas corridas, la correspondencia que se acumula en la alfombra, la luz eléctrica siempre prendida, el teléfono que suena, los rumores de la ciudad cuando empieza a amanecer. Bajaba a la calle a sacar plata del banco con su tarjeta plástica y a comprar whisky y cigarrillos con un sobretodo encima de la ropa que usaba para dormir, sucio, sin afeitarse. Varias veces estuvo tentado de pararse en una esquina y pedir limosna. A veces deambulaba por las estaciones de subte, atraído por el tumulto, por la expresión desesperada de los que esperaban en los andenes. Al final terminaba encerrado en su departamento, sentado en un diván, con una frazada sobre las piernas, tomando cerveza y mirando la TV hasta la madrugada. No quería hacer nada, no tenía sentido hacer nada. Trataba de no meterse en la cama porque estaba seguro de que no iba a poder levantarse jamás. Dormía sentado, de cara a la luz muerta del aparato de TV que brillaba sin sonido.

—Creo que hubiera seguido así toda la vida, por lo menos hasta que me durara la plata en el banco, pero una tarde mi hermana apareció por el departamento.

Admiraba mucho a su hermana. Era la persona más inteligente que conocía. Se dedicaba a las matemáticas. Dirigía el centro de cómputos que controlaba el tráfico aéreo en el aeropuerto de Londres. Una vez le había mostrado el diagrama de los vuelos futuros. Una telaraña interminable de luces que se entreveraban como en un mapa cifrado del universo. Habían manejado la lógica de la incertidumbre de Heisenberg para prever todas las variables inesperadas. Llamamos azar, decía la hermana de Stevensen, a una función elíptica de la temporalidad.

Continúa mañana





MAR DEL PLATA

A toda orquesta: En Villa Victoria, Matheu 1851, la Orquesta Sinfónica Municipal presenta el ciclo *Conciertos de verano*. El próximo 11 de febrero, con dirección de Guillermo Becerra, *Don Giovanni*, obertura de W.A. Mozart. *Concierto Nº 2 para piano y orquesta*, de Franz Listz. Solista: Manuel Antonio Rago. *Sinfonía Nº 1. Op. 39*, de Jan Sibelius.

Pieza de museo: El próximo 10 de febrero se inaugura la muestra titulada *Mar del Plata, una hermosa postal*, en conmemoración de los 117 años de la fundación de la ciudad. La exposición de postales de época y una charla abierta para quienes visitan el Museo Histórico Municipal Villa Ingeniero Emilio Mitre, ubicado en Lamadrid 3870, en el horario de 16 a 21, es el punto de partida para quienes quieran saber más de estas playas.

Para pibes: En el Auditorium, Casino Central, de martes a domingos, en el horario de las 19, se presenta *Los cuentos de la selva*, una comedia infantil basada en los relatos de Horacio Quiroga. La dirección está a cargo de Juan Carlos Ricci. También para pibes, en el Teatro Colón, de martes a domingo a las 20.30 y los días nublados o lluviosos también a las 17 y a las 19, sube a escena el espectáculo *Llegaron Los Muvis*, que estuvo en cartel durante cuatro meses en Buenos Aires y ocupó la pantalla de TV. Canción, magia, humor y disparate es la receta de estos personajes que hablan con libro de Héctor Berra, quien también es responsable de las canciones, junto con Javier Zetner, y bailan conforme a la coreografía diseñada por Carlos Veiga.

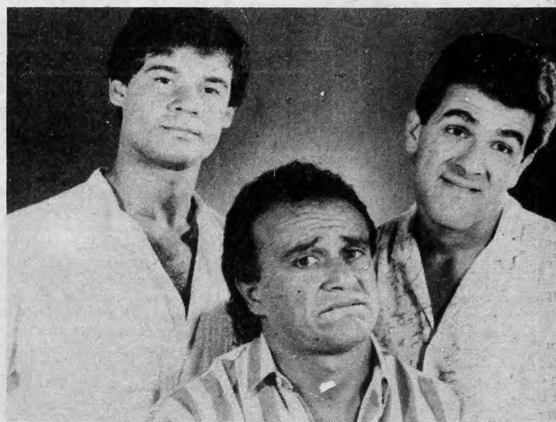
Locos por el jazz: Todos los días, a partir de las 0.30 en el subsuelo de la confitería del Jockey Club (Rivadavia y Corrientes), se presenta Carlos Acosta con su clarinete y saxo soprano, acompañado por Claudio



Sánchez (trompeta), Daniel Viola (batería), Fernando Romeo (piano y trompeta), Pedro Escannes (trombón), Mario Asandes (bajo) y Mario Romano —de la Rambla Vieja Jazz Band— (clarinete). Quien quiera oír, que oiga.

Especial para teenagers: La propuesta parte de la idea de presentar a los que se han dado en llamar nuevos galancitos sin echar mano del remanido recurso de encuentros y desencuentros amorosos donde los carilindos luzcan más los rostros con que los ha favorecido la naturaleza que sus condiciones actorales. El título de la pieza de Korovsky y Hermida es *Pájaros in the nait* y la dirección está a cargo de Ricardo Darín. La interpretación está a cargo de Roberto Antier, José María Monje, Adrián Suar, Diego Torres, Leonardo Sbaraglia y Cecilia Etchegaray. La obra narra las andanzas de una pareja que tras un accidente automovilístico pide ayuda en un castillo donde entra en contacto con un científico, un chino, un sirviente deforme, un ciego y una aterrorizante bandada de pájaros. Las funciones son en el Teatro de las Estrellas, de martes a domingo en el horario de las 22.30.

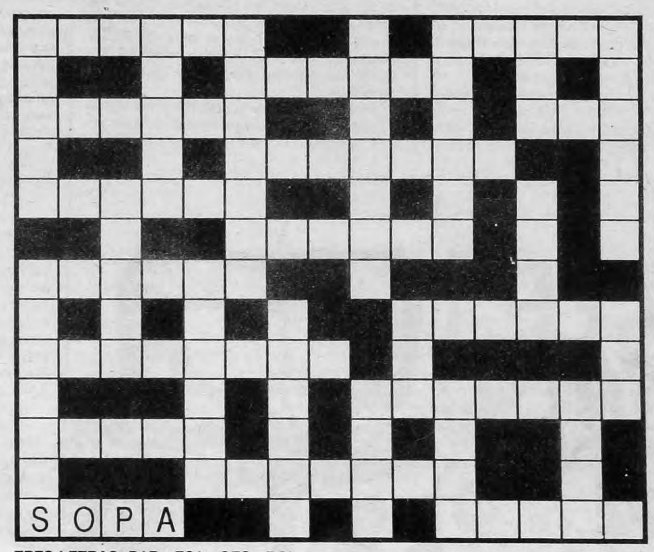
Midachi tres veces tres: El trío de santafesinos (Miguel del Sel, Dady Brieva y Chino Volpato) presentan sus humoradas en el Teatro Neptuno, de martes a domingo a las 22. La pieza titulada *Volumen III* ha cosechado un notable éxito de público en lo que va de la temporada y resulta una opción tentadora para estos tiempos en los que más de uno profetiza que llegó el momento de gritar: a reír que se acaba el mundo.



El trío Midachi en el Teatro Neptuno.

EL ACOMODO

Luego de saborear la SOPA ya ubicada, intente ubicar el resto de las palabras de la lista de manera que se crucen coherentemente.



TRES LETRAS: BAR - ESA - OES - ROL.
CUATRO LETRAS: AMAR - ESTE - PENA - ROSA - ~~SOPA~~.
CINCO LETRAS: ALERO - MEDIA - PODER - ROBAR - TELON - UCASE.
SEIS LETRAS: ASPERO - BLANCO - DORADO - ESTERO - LAMINA - LUNETA - MINUTO - MODELO - RATONA - RELATO - SABANA.
SIETE LETRAS: ARCANOS - MACETAS - OLOROSO - PAREJAS - RATEROS - RECETAS.
OCHO LETRAS: CARAMELO.

